

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LA PIEZA DE AJEDREZ

Dios piensa ganar la partida,
con tu ayuda

OLVIDA EL PASADO

Lo mejor aún está por venir

NO TE LO GUARDES

Todos tenemos algo que entregar



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

Conéctate

Apartado 11

Monterrey, N.L.

México, 64000

conectate@conectate.org

(01-800) 714 47 90 (número gratuito)

(52-81) 81 34 27 28

Conéctate

Casilla de correo 14.982

Correo 21

Santiago

Chile

conectatechile@mi-mail.cl

(09) 469 70 45

Conéctate

Apartado Aéreo 85178

Santafé de Bogotá, D.C.

Colombia

conectate@andinet.com

Conéctate

Casilla 2005

Lima 100

Perú

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries

P.O. Box 462805

Escondido, CA 92046-2805

USA

activatedUSA@activated.org

(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES

Doug Calder

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 4, NÚMERO 1

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



En mayor o menor grado, casi todos estamos insatisfechos con nosotros mismos y con las circunstancias en que nos hallamos. Pero no necesariamente debemos recriminarnos por ello. Para hacer progresos es menester cierta medida de insatisfacción. Si queremos desarrollar nuestro potencial es preciso que soñemos con ser más de lo que somos. El problema es que muchos nos quedamos estancados en esa fase. ¿Por qué será?

Las más de las veces ello obedece a que nos consideramos incapaces de convertir nuestros sueños en realidad. Y normalmente tenemos razón. Algunos cambios los podemos efectuar a fuerza de voluntad o de trabajar más arduamente. Por ejemplo, alcanzar una meta más alta en ventas o bajar unos kilos. Pero... ¿qué pasa cuando se trata de cambios más profundos, de transformaciones internas que sabemos que nos proporcionarían mayor felicidad y nos permitirían ejercer una influencia positiva en nuestro rincón del mundo? Por lo general esos cambios de fondo son los más esquivos.

Nos convencemos de que nos falta entereza y fuerza de voluntad, de que tenemos muchos defectos y cometemos infinidad de errores. Simplemente no somos capaces —aducimos—. Si piensas así, el presente número de *Conéctate* será un aliento para ti.

Jesús lo resumió de modo muy sencillo cuando dijo: «Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios» (Marcos 10:27). La clave está en ponernos en manos de Dios y dejar que Él haga lo imposible por medio de nosotros, y a veces *a pesar* de nosotros. Tenemos nuestras limitaciones, somos débiles, somos incapaces, pero hay un Dios grande, fuerte y muy capaz que está presto a asistirnos. Esas *imposibles* transformaciones interiores resultan mucho más alcanzables cuando dejamos que Él gobierne nuestros asuntos. Basta con que seamos como piezas de ajedrez en Sus manos.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

EL VALOR DE UNA HORA

Puede que te sientas incapaz de mejorar la vida de nadie. Pero recuerda, no eres tú el que tiene que hacerlo, sino Dios. Basta con que enseñes a las personas a establecer contacto con Él por medio de la oración, y Él se ocupa de lo demás. Entonces verás vidas transformadas, toda vez que Dios responde a las oraciones. Él es quien hace la obra.

Chloe West

Estaba en Singapur y tenía que esperar una hora para tomar un bus que me llevaría al aeropuerto. A la vuelta de la esquina se encontraba un joven occidental sentado en la vereda con cara de mucha preocupación.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté.

—Sí —me respondió—. Puedes escucharme. ¡Me estoy volviendo loco! ¡No hallo paz!

Sobrecogido me senté a su lado y lo escuché. Se trataba de un muchacho estadounidense que venía de Indonesia, donde había conocido a una chica, según me explicó. Temía que ella le hubiera contagiado el sida. No sabía a dónde dirigirse, si volver a Estados Unidos o seguir rumbo a Tailandia con miras a encontrar un sitio donde meditar.

Una vez que se hubo desahogado, le conté lo que me había pasado a mí: que yo también había buscado afanosamente la paz interior, el amor, la verdad y la felicidad, y que en Jesús había hallado todo lo que necesitaba. Rezó conmigo para aceptar a Jesús en su vida y luego oramos por su curación completa, tanto física como mental.

Me sentí muy feliz de no haber desperdiciado esa hora que el Señor quería que empleara para transmitir Su amor a aquel muchacho.

Emmanuel Peterson



Lo que es capaz de hacer una sola persona

Si te pones a pensarlo, es ilimitado el bien que puedes hacer como persona. Puedes amar a los despreciados, ser compasivo, amistoso y simpático, y prestar oído o dar una mano a quien lo necesite. Puedes pedir al Señor que te ayude a ser siempre alegre, a ver el lado positivo de toda situación y a animar a otros a hacer lo mismo.

Puedes distribuir folletos, hablar del Señor y Su Palabra, brindarte a quienes padecen necesidad y manifestar amor y comprensión por donde vayas. Cualquiera que desee dejar una huella en el mundo para bien, puede hacerlo, y además motivar a otros a hacer lo mismo.

María Fontaine

OLVIDA PASADO

Es común que en el umbral de un nuevo año se nos despierte la intriga por el porvenir. Si bien a veces quisiéramos descubrir lo que nos deparará, Dios ha dispuesto que no podamos correr ese velo de misterio que envuelve el futuro. Yo personalmente me conformo con que sea así, pues tengo la certeza de que Dios sabe lo que más le conviene a cada uno.

Hay, sin embargo, algo que sí conocemos: que podemos dejar atrás el pasado, con todos sus afanes, preocupaciones, angustias, pesares, errores y fallos. ¿No te parece estupendo?

Todo lo sucedido el año pasado —ya si fue bueno, ya si malo—, todo remordimiento o tristeza que nos haya dejado, está en manos de Dios. Si de veras confiamos en Él, podemos extraer agua dulce de las sequedades del desierto del pasado, cualesquiera que hayan sido estas.

En este año que comienza, Él puede ofrecerte una corona en lugar de cenizas, traje de fiesta en vez de espíritu de desaliento, la dicha de la mañana en lugar de las sombras de la noche (Isaías 61:3; Salmo 30:5). Él promete que todas las cosas redundan en bien para los que aman a Dios, «los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). De modo que si eres hijo Suyo y de verdad aceptas Sus designios para ti —si eres de los que aman a Dios y han sido llamados conforme a Su propósito—, Él

puede hacer que todo redunde en tu bien.

¿Cuántas personas afirman confiar en Dios y, sin embargo, se preocupan por las manchas y los borrones de las páginas de su pasado? Nunca se gozan en la plenitud del perdón y la misericordia de Dios, en la promesa de que Él borra nuestros pecados. «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Isaías 43:25).

Dios no pretende que retrocedamos y desandemos lo andado: no podemos volver a vivir el pasado. Además, ¿quién querría hacer eso siendo el futuro tan radiante y promisorio? Cuando pienso en el año que tengo por delante, me acuerdo de todas las promesas divinas que podemos invocar y de lo halagüeño que puede ser el futuro. ¡Qué maravillas pueden producirse, milagros de fe, pues Su Palabra inconmovible está a nuestra disposición!

Jesús está con los brazos extendidos impidiéndonos volver al pasado. Dado que Él ya pagó por nuestros pecados, la Biblia dice que debemos olvidar lo que queda atrás y extendernos a lo que está delante, «prosiguiendo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14).

Nada que hagamos puede exonerarnos del pasado. De todos modos, sí hay redención para nosotros: Jesús nos redime y nos limpia

dios nunca deja de amarte

¿Cómo es Dios? Algunos lo imaginan como una deidad iracunda, una suerte de monstruo que todo lo ve y que porta un gran mazo, con el cual se apresta en todo momento a aporrearnos, un tirano cruel que nos tiene a todos aterrorizados con la amenaza de mandarnos al Infierno. Pero en realidad Dios es amor (1 Juan 4:8). Es un Dios amoroso que se desvive por llevarnos a todos al Cielo. Un Dios cercano, íntimo, personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura. Un Dios que se interesa por nosotros y nos aguarda con los brazos abiertos. Si nos sigue de cerca es sólo porque espera que nos demos la

vuelta y lo recibamos a Él con los brazos abiertos.

Dios nunca nos rechaza ni nos retira Su amor. Nunca pierde esperanza en nosotros, por mucho que nos descaerriemos. Por eso, si te sientes alejado de Dios, será porque no has abierto tu corazón para acoger Su amor y Su perdón. No tienes por qué seguir mortificándote por tus errores y pecados. Si te arrepientes y le pides perdón a Dios, Él te perdonará. Es así de simple (Isaías 1:18; 1 Juan 1:9).

Encamínate hacia Dios, vuélvete a Él y busca el camino de regreso a casa. El Padre entonces saldrá corriendo a recibirte con los brazos abiertos (Lucas 15:18-24).

David Brandt Berg (D.B.B.)

Si aún no has experimentado el amor y el perdón divinos, pruébalos ahora mismo rezando sinceramente una sencilla plegaria como la que sigue:

Te agradezco, Jesús, el sacrificio que hiciste para expiar mis errores y malas acciones. Así puedo obtener ahora perdón y dejar atrás el pasado. Gracias por limpiarme de todo pecado —pasado, presente y futuro— por fe. Te ruego que entres en mi corazón, me perdones y me concedas el don de la vida eterna. Amén. ■

de todo el ayer. Mas ¡qué pena que sigamos cargando con el pasado cuando el Señor hizo un tremendo sacrificio precisamente para librar-nos de ese lastre!

¿Habrá algo más maravilloso que el milagro del perdón, la seguridad de que Jesús nos ha perdonado nuestros pecados? Y lo mejor es que eso se nos aplica a todos. Él

murió por todos nosotros. Lo único que tenemos que hacer es extender la mano y tomarlo, tomarlo a Él por Salvador y aceptar Su perdón.

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Él lo ha prometido, y no puede faltar a Su Palabra. ■

no te lo guardes

Dios no nos conforta para

nuestro confort, sino para

que seamos confortadores.

Lilia Potters

Me recosté en el asiento y esperé el despegue. Me dolía la espalda. Viajaba de regreso a casa, y tenía los brazos y las piernas agarrados como consecuencia de las cinco horas en auto hasta el aeropuerto y del primer tramo de vuelo, que habían sido otras dos horas. La verdad es que no me hacía mucha ilusión otro trayecto de cinco horas en un asiento de la clase turista, y menos en un avión atestado.

Recordé a mi hija, que aún no cumple los 18 años. Acababa de llevarla a casa de su hermano mayor para que pasara allá una temporada. Pensé en cuánto la iba a extrañar. Era la primera vez que se alejaba del hogar. Me dolía profundamente que no fuera a estar cerca de mí. Conozco bien esa sensación. De nuestros seis hijos, era la quinta en irse de casa. Dije para mis adentros: «Debería acostumbrarme». No obstante, empezó a embargarme la misma sensación. Estaba a punto de llorar, pero resolví no ceder a mis emociones.

Mientras el avión recorría la pista de despegue, cerré los ojos y elevé una plegaria a Jesús. Le rogué que me concediera un vuelo sin contratiempos y que guardara a mi hija y a mis otros hijos. También le agradecí el que siempre lo haya hecho. El silbo

apacible de Dios me susurró que mi hija estaría bien, como habían estado bien sus cuatro hermanos mayores cuando se fueron de casa.

El avión despegó, se elevó y luego se niveló.

La paz me vino a medida que me dejaba tranquilizar por Él y recordaba que jamás había dejado de responder a las plegarias que le había elevado por mis hijos. Las lágrimas de añoranza cambiaron en lágrimas de gratitud cuando di gracias a Dios por Su fidelidad y por darme consuelo.

Al abrir los ojos, vi a una señora y su nenita —de unos tres años— que se cambiaban a los asientos contiguos al mío. Pese a que había tenido la esperanza de que aquellos puestos que habían estado vacíos durante el despegue se mantuvieran vacantes para poder acostarme, comprendí que la azafata las hubiera trasladado para que tuvieran más espacio.

Observé a la madre, que se esforzaba por atender a su hija. La niña estaba cansada, se quejaba y quería dormirse. Ofrecí mi almohada a la señora y también otra manta para que la nena apoyara la cabeza. La madre me miró agradecida y explicó que llevaban ocho horas de vuelo. Al rato, la niña se durmió. La mitad de

su cuerpo descansaba en su asiento y la otra mitad en el regazo de su madre.

Sirvieron una comida. Conversamos de temas triviales. La auxiliar de vuelo se llevó las bandejas y la señora trató de descansar. Al cabo de un momento, noté que una lágrima le rodaba por la mejilla. A ésta le siguió otra. Trató de secarse la cara antes que yo advirtiera que lloraba, pero pronto se dio cuenta de que ya las había visto y me sonrió un poco avergonzada.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, estoy bien.

Pero no lograba contener las lágrimas. Le toqué el brazo suavemente antes de preguntarle:

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Después de un valeroso esfuerzo por recuperar la compostura, me explicó que acababa de llevar a su hijo de 16 años a los Estados Unidos para estudiar. Tenía otros siete hijos,

pero él era el mayor y el primero en marcharse de casa. Ya había empezado a extrañarlo.

La miré sorprendida. ¡Qué coincidencia que estuviera sentada junto a una señora que estaba sintiendo exactamente las mismas emociones que yo había tenido minutos antes al recordar a mi queridísima hija!

La tomé de la mano y le dije que la comprendía. Le hablé de mi hija y compartí con ella los pensamientos consoladores que Dios me había inspirado un rato antes. Escuchó con atención y, pese a las lágrimas, me sonrió cuando le propuse que oráramos las dos por nuestros hijos y que luego confiáramos en que Dios los cuidaría.

Al cabo de un rato me enteré de que profesábamos diferentes creencias religiosas; pero las dos sabíamos que el Dios que amamos también ama a nuestros hijos y los cuida. Conversamos más durante el resto del vuelo, intercambiamos números de teléfono y prometimos seguir en comunicación.

Luego de despedirnos di gracias a Jesús por un vuelo sin complicaciones y por la forma en que Él sincroniza todo a la perfección. Estoy convencida de que Él dispuso cómo nos íbamos a sentar, de forma que yo transmitiera Sus palabras tranquilizadoras a aquella mujer. Dios quiso consolarnos a las dos.

—

[El] Padre de misericordias y Dios de toda consolación [...] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios (2 Corintios 1:3-4). ■

Siempre es posible dejar un poco de amor en el corazón de quienes se cruzan en tu camino, aunque sea en su más simple expresión: con una palabra, una sonrisa o una mirada de comprensión. Así sabrán que Dios los amó ese día. Su Espíritu se lo hará saber. Un poquito de amor llega muy lejos.

D.B.B.

Lilia Potters es misionera de La Familia en Oriente Medio.

la pieza de Tú no puedes, pero el Señor sí AJEDREZ



Dios no quiere que finjas o simules ser lo que no eres y jamás podrás ser. No obstante, nos enseña en Su Palabra que cualquiera puede llegar a ser prácticamente cualquier cosa, siempre y cuando tenga fe y obre de conformidad con la voluntad del Señor. De modo que cualquiera puede ser alguien, o alguien puede ser cualquiera. Nada hay imposible para Dios, y al que cree todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23).

Muchos cristianos ponen a los santos en un pedestal. Idolatran a los grandes personajes de la Biblia, a los patriarcas y los profetas. Como exaltan y ponen por las nubes hasta tal punto a los santos y mártires del cristianismo, la gente común y corriente considera prácticamente imposible alcanzar esas mismas alturas. Y muchos, lamentablemente, aducen ese sentimiento de impotencia para justificar su inacción.

Dicen: «Hoy en día es imposible ser así. Eso sólo ocurría en los tiempos bíblicos. Solo los santos, patriarcas y profetas hacían eso. Los cristianos normales y corrientes no estamos sujetos a esas exigencias. Están fuera de nuestro alcance. Es imposible; ni para qué intentarlo. No se puede esperar que la gente obre milagros como ellos, que tengan dones del Espíritu como los que poseían los apóstoles y otros cristianos ejemplares de tiempos pasados. Los milagros pasaron a la historia».

Uno de los mayores artificios del Diablo es decirles: «No puedes aspirar a ser un buen cristiano porque eres pecaminoso, cometes errores. No se puede ser bueno y malo al mismo tiempo». La Palabra de Dios certifica, sin embargo: «No hay justo, ni aun uno. [...] Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:10,23).



Al decir todos, ¿a quién se refiere? A ti, a mí, y también a los santos, los profetas, los apóstoles, los patriarcas y todos los demás. Nadie queda exceptuado salvo el propio Dios.

Eso cambia nuestra perspectiva del asunto. Baja a los apóstoles, profetas y grandes personajes de la Biblia a nuestro nivel y da a entender que es posible para nosotros emular su ejemplo. Por muchos pecados y equivocaciones que cometamos, por muchos defectos que tengamos, seamos como seamos, el Señor puede obrar por medio de nosotros. De modo que si el Diablo te dice que nunca llegarás a ser nadie a causa de tus muchas culpas, no le hagas caso. ¡No es cierto!

Dios en parte creó al hombre y lo puso en la Tierra para manifestar Su poder de salvación, para demostrar que puede salvarnos y obrar por medio de nosotros a pesar de todas nuestras faltas y defectos. Hasta de ti puede valerse. El mismo hecho de que aun siendo tan malos como somos Dios pueda obrar a través de nosotros glorifica a Jesús cuando hacemos algo bien. Como reza una canción de hace muchos años:

A Ti te daremos la gloria,
por todo, Señor, precioso Señor,
y pregonaremos la historia,
Jesús, de Tu espléndido amor.

Hasta el apóstol Pablo se lamentó diciendo: «¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?» Poco menos que dijo: «Soy como un cadáver. Apesto. Soy una verdadera porquería». Así y todo el Señor lo animó y puso en sus labios la respuesta: «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 7:24,25; 1 Corintios 15:57).

Esas palabras nos infunden esperanzas, ¿no es cierto? Cuando el Diablo pone empeño en recordarnos nuestras faltas, equivocaciones y defectos, nos hace caer en la cuenta de que no somos capaces de alcanzar la victoria, de que, en efecto, no servimos para nada, que es cierto que somos pecadores, y que si no fuera por el amor, la misericordia, la gracia y la bondad de Dios, de ningún modo nos superaríamos.

Requiere un milagro de la gracia de Dios. Lo que hacemos por el Señor, nuestros pensamientos, nuestro amor a Él y al prójimo, todo es un milagro de la gracia divina. «Fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). Es obra de Dios. Uno simplemente debe tener fe en que el Señor lo hará por medio de uno.

Durante años me había convencido de que no era nada ni nadie y de que nunca podría realizar gran cosa. Pensaba que cometía demasiados pecados, que era muy carnal, que no leía la Biblia ni oraba con la debida frecuencia. ¿Cómo

podía aspirar a hacer algo noble para Dios?

Seamos sinceros. ¿No es así como nos sentimos a veces? Estoy seguro de que el Diablo te dice a ti las mismas mentiras. Cuando lo haga, ¿por qué no le pegas una *bofetada* con las Escrituras, como hizo Jesús cuando el Diablo lo tentó en el desierto? (Mateo 4:1-11). «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Donde abundan el pecado y las faltas y errores propios de la naturaleza humana, sobreabunda la gracia de Dios (Romanos 5:20). Ha ahí el secreto de todo.

¿Por qué crees que permite el Señor que cometas equivocaciones? ¿Por qué crees que permitió que Adán y Eva cedieran y cayeran en la tentación en el Paraíso Terrenal? Para demostrar que lo necesitaban a Él y, al mismo tiempo, demostrarnos a todos que lo necesitamos, que no podemos lograrlo por nuestra cuenta. ¿Y qué se consigue con eso? Glorificar al Señor.

Naturalmente que es imposible para nosotros. No podemos salvarnos por virtud propia, no podemos llevar una vida cristiana perfecta, no podemos ser buenos ni hacer nada bueno por esfuerzo propio. El mismo Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5). A muchos les han inculcado la falsa doctrina de que se espera que ellos hagan la mayor parte con un poco de ayuda suplementaria de Dios. Pues yo quiero expresarles sin rodeos que Dios es quien lo hace todo. Para mí ese concepto es un gran consuelo. ¿No tiene ese mismo efecto en ustedes?

No es preciso que te sientas capaz de hacer cosas que el Señor no espera que hagas. Basta con que tengas fe para

ser lo que Él quiere que seas y para desempeñar la tarea que te tiene asignada, cualquiera que sea. No intentes ser lo que no eres; pero tampoco dejes que el Diablo te mienta diciéndote que no eres capaz de ser la persona en la que Dios te puede convertir, o de realizar lo que Dios quiere obrar por medio de ti. Él nunca nos pide que hagamos más de lo que sabe que podemos hacer con Su ayuda.

A muchísimos cristianos se les han inculcado dos doctrinas contradictorias. Según la primera de ellas, uno no puede ser santo ni perfecto; y conforme a la segunda, uno no se puede salvar a menos que sea santo y perfecto. Ambas son doctrinas propias del Diablo. Con razón muchos cristianos se dan por vencidos y dejan de esmerarse por hacer algo por el Señor.

Sin embargo, lo estupendo, el quid de la cuestión, es que con la ayuda de Jesús puedes hacer cualquier cosa. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). Con Su ayuda puedes hacer lo que sea, ir adónde sea y ser quienquiera que Dios quiera que seas.

Dios nos ha dado libre albedrío. Pero para alcanzar el éxito en lo que emprendamos para Él, o incluso para ser todo lo felices que Él quiere que seamos, debemos supeditar nuestra voluntad a la Suya. Tenemos que averiguar cuál es Su voluntad para nosotros —lo que Él sabe que más nos conviene y más les conviene a los demás—, y optar por cumplir con eso.

Como las fichas del tablero de ajedrez, cada uno tiene su puesto y su tarea que desempeñar para el Señor. Las piezas de ajedrez no tienen voluntad propia. Cuando un jugador de este deporte toma una pieza y la hace avanzar hasta otra casilla, ésta no protesta ni

Es estupendo
dejar las
decisiones
en manos de
Dios, porque
Él siempre
se preocupa
de darnos lo
que más nos
conviene.

trata de evitar que el jugador la mueva, ¿cierto? De igual manera, nosotros estamos en las manos de Dios. Piensa en eso cuando el Diablo te induzca a preocuparte con esto o con lo otro. Estás en manos del Gran Maestro de ajedrez y Él te colocará dondequiera que desee. Limitate a confiar en el Señor.

No tienes que tomar todas las decisiones tú. Basta con que te subordines a los designios del Maestro. De todos modos puedes actuar según tu albedrío y optar por no someterte. En última instancia, la única decisión que debes tomar es la de hacer la voluntad de Dios. Simplemente accede a que el Señor haga las jugadas que quiera contigo y deja que Él piense y disponga. Él ve toda la partida, todo el tablero y todas las piezas. Tu visión es muy limitada y tienes muy poco poder. En cambio Él lo ve todo y lo tiene todo.

Sé simplemente lo que Dios quiere que seas. No te preocupes por lo que puedes o no puedes ser, o por lo que serás o dejarás de ser, como hice yo casi cincuenta años. Me pasé media vida preocupándome por lo que iba a ser algún día cuando ya era exactamente lo que Dios quería —desde hacía mucho tiempo— y estaba aprendiendo todo lo que Él quería que aprendiera.

También hubo ocasiones en las que opté por hacer esto o aquello y Dios tuvo que instarme a cambiar de idea u obrar otra cosa a pesar de mí. Pero a la larga, siempre descubría que Dios sabía lo que hacía.

Es estupendo dejar las decisiones en manos de Dios, porque Él siempre se preocupa de darnos lo que más nos conviene. Él nunca falla. Aunque permita que entendamos mal Sus instrucciones o cometamos un error, si nuestro corazón es recto para con Él, hasta puede valerse de eso para enseñarnos algo y sacarle algún

provecho a la situación (Romanos 8:28).

Así que deja de preocuparte por lo que Dios va a hacer. Estás en Sus manos. «Confía en el Señor y haz el bien» (Salmo 37:3). «Fíate del Señor; no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:5-6). «Oiréis a vuestro lado una voz que diga: “Este es el camino, andad por él”» (Isaías 30:21).

Cuando se sigue a un guía por un camino desconocido, él no le dice a uno por dónde hay que ir sino al llegar a un recodo o a una bifurcación: espera a que llegue el momento en que uno deba saberlo. Lo mismo sucede con el Señor: en la mayoría de los casos no es preciso que sepas al detalle lo que vas a hacer mañana. Jesús dijo que no nos preocupáramos por el día de mañana. A veces hay que trazar planes con antelación para algunas cosas. Pero no tenemos que *preocuparnos* por el día de mañana. Limitate a hacer lo que Dios sabe que puedes hacer y lo que te ha pedido que hagas hoy, y prepárate para hacer lo mismo mañana.

Cada uno de nosotros es una pieza única del tablero de ajedrez que tiene Dios. Y Él ha dotado a cada uno de ciertas facultades. Él es el jugador; tú solamente una ficha. Eres Su ficha, y no tienes que hacer otra cosa que moverte según Sus deseos. Ni siquiera espera que lo hagas por tus propios esfuerzos, sino que extenderá la mano, te tomará y te colocará donde Él quiera que vayas. Tú de todos modos no podrías desplazarte por tus propios medios, pero sí con el impulso de Dios. O sea, ¡tú no puedes, pero Él sí! ■

(Extracto de *Más que vencedores*, colección de 10 artículos escritos por David Brandt Berg).



la ciudad celestial y la nueva tierra

Compilado por Joseph Candel

a partir de los escritos

de David Brandt Berg

Ante el deterioro de la coyuntura internacional, se hace más importante que nunca tener presente que habrá un desenlace feliz. Es cierto que, antes de mejorar, la situación se pondrá peor. Lo fundamental, sin embargo, es que va a mejorar, ¡y mucho! A la noche más oscura que el mundo haya conocido seguirá la alborada más gloriosa. Por fin entonces se establecerá el reino de Dios, que prevalecerá para siempre.

Durante tres años y medio —denominados en la jerga bíblica la *Gran Tribulación*—, el Anticristo —dictador mundial cuyo advenimiento se espera en breve— perseguirá a los creyentes de todas las confesiones religiosas. No obstante, al final de la Gran Tribulación, Jesús retornará «sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» para rescatar a los Suyos y reunirlos con Él (Mateo 24:29-31).

Todos los hijos de Dios salvos que hayan muerto a lo largo de los siglos resucitarán y ascenderán milagrosamente para reunirse con Cristo en el aire. Luego los salvos que aún queden en la Tierra serán instantáneamente transformados y se unirán a ellos. Jesús rescatará a los Suyos de las fuerzas

anticristianas que los estén atribulando y se los llevará a la celebración más grandiosa que haya habido jamás: la cena de las bodas del Cordero en el Cielo (Apocalipsis 14:14-16; 19:6-9).

Entretanto, la pavorosa ira de Dios se derramará sobre el Anticristo y sus seguidores (Apocalipsis 14:8-11,17-20; 15:1,7-8; 16:1-11).

Las huestes del Cielo conducidas por Jesús volverán entonces para derrotar al Anticristo y sus fuerzas. Este enfrentamiento se conoce como la batalla de Armagedón. La misma señalará el fin de los gobiernos de los hombres, ya que a partir de ahí, según la Escritura, Jesucristo y Sus fuerzas asumirán el mando del planeta para regirlo con justicia.

Durante los siguientes mil años —período que se denomina el Milenio— habrá una era de paz y abundancia, y la Tierra será un paraíso (Apocalipsis 19:11-21; 20:1-6).

Al final del Milenio, Satanás será liberado de su prisión en el corazón de la Tierra, donde habrá estado recluido todo ese período. Recobrará su libertad por un brevísimo

simo tiempo, suficiente para volver a engañar a las naciones. Una vez más, quienes no se hayan convertido al Señor, se unirán a Satanás en franca rebeldía contra el reino de Dios en la Tierra. Dios volverá a vencer al Diablo y sus seguidores —esta vez en el marco de una batalla aún más desoladora que el Armagedón, la de Gog y Magog—, tras lo cual purificará completamente la superficie terrestre con un diluvio de fuego (2 Pedro 3:10; Apocalipsis 20:8-9; 21:1).

Después de la batalla de Gog y Magog, Dios edificará un mundo nuevo sobre las cenizas del antiguo, «cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:13). El planeta será el mismo, pero con una superficie totalmente renovada. Dios recreará la faz de la Tierra y establecerá en ella un nuevo edén.

Entonces Su imponente ciudad celestial descenderá del espacio para posarse sobre la Tierra nueva. El Altísimo bajará a vivir con nosotros, y nosotros conviviremos con Él (Apocalipsis 21:2-3).

Dicho Cielo en la Tierra será tan concreto y tangible que los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis lo describen con todo lujo de detalles, y dan las medidas, los colores, los materiales de la ciudad y mucho más. Será la urbe más grandiosa que se haya construido. Superará con creces nuestros más aventurados sueños. Cubrirá una superficie aproximada de 5,8 millones de kilómetros cuadrados, como casi toda Australia, más de la mitad de Europa o Estados Unidos, o una quinta parte del continente africano (Apocalipsis 21:16).

«La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero [Jesús] es su lumbrera» (Apocalipsis 21:23). El Sol y la Luna seguirán brillando para beneficio de quienes vivan fuera, pero los que estén dentro no los necesitarán, toda vez que la ciudad estará dotada de su propia energía luminosa: la luz de Dios, de Su Hijo, Jesús.

Toda su estructura será de «oro puro, semejante al vidrio limpio» (Apocalipsis 21:18). ¡Imagínate!

Un maravilloso río de la vida fluirá del trono de Dios y atravesará el centro de la ciudad. A ambas riberas del río crecerán árboles de la vida, que darán continuamente doce tipos de fruto, y cuyas hojas serán «para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:2). Los santos resucitados tendrán cuerpos sobrenaturales, también conocidos como cuerpos gloriosos, por lo que no necesitarán curación. De ello inferimos que la sanidad a la que alude este pasaje será para la gente y las naciones que moren fuera de la ciudad.

Otra característica notable de la Tierra nueva será que «el mar no existirá más» (Apocalipsis 21:1). Hoy en día la mayor parte de la superficie terrestre está cubierta por agua. Eso significa que cuando Dios rehaga el planeta y hayan desaparecido los mares, este dispondrá de cuatro o cinco veces más tierra habitable, la cual podrá ser aprovechada por las gentes de fuera de la ciudad.

El globo terráqueo se renovará completamente, será todo nuevo. Estará poblado de pájaros y animales amistosos, además de todas las hermosas criaturas de Dios que conocemos actualmente. En cambio, no habrá lugar para los insectos dañinos ni para las plagas, cardos y espinos (Isaías 11:6-9; 55:13). Toda la creación será tal cual la concibió Dios en el principio, semejante al Huerto del Edén. Un mundo de ensueño, sin pecado ni guerras, sin devastaciones ni muerte, sin enfermedades, ni lágrimas, ni dolor.

Y eso no es todo: «En la casa de Mi Padre —dijo Jesús— muchas moradas hay. [...] Voy, pues, a preparar lugar para vosotros [...], para que donde Yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2-3). Si has reconocido a Jesús como tu Salvador, un día de estos serás propietario de una mansión que no te costará nada: Jesús ya pagó por ella.

¿Estás preparado para ir al Cielo?
¿Podrás circular libremente por las calles de la ciudad celestial? Solamente los salvos andarán en ella (Apocalipsis 21:24). No querrás perderte eso, ¿verdad? Basta con que aceptes a Jesús como Salvador, si es que aún no lo has hecho. ■

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

No tienes
que ser
perfecto

P.: A veces me da la impresión de que nunca tendré suficiente entrega y disciplina para complacer a Dios. Por ejemplo, la Biblia dice que debemos orar sin cesar y dedicar nuestra vida a servir a Jesús y a los demás. Pero esas metas me parecen imposibles de alcanzar. ¿Para qué esforzarme siquiera?

R.: El Señor nos traza metas para ayudarnos a madurar como personas, para que seamos más felices y para que nuestra vida tenga más sentido y sea mejor en todo aspecto. No lo hace porque quiere o espera que seamos perfectos. De hecho, sabe muy bien que nunca lo seremos. Somos nosotros quienes nos imponemos a veces metas poco realistas que luego nos hacen sentirnos fracasados. El arma preferida que emplea el Diablo contra los cristianos es el desaliento, y también le encanta hacernos caer en la autocensura.

Nos recriminamos porque pensamos que Dios no nos va perdonar algo que hicimos mal. Generalmente es un vicio mental, porque cuanto más se piensa en el asunto, peor se vuelve. Cuando nos mortificamos así, invalidamos nuestra propia fe para pedir al Señor que nos ayude a superar esos sentimientos negativos, porque nos parece que no nos merecemos Su ayuda ni otras bendiciones que nos pudiera otorgar. En efecto, cuando nos dejamos vencer por el abatimiento y la autocensura es muy difícil salir del pozo, porque el Diablo hace lo posible por convencernos de que es precisamente ahí donde debemos estar.

Pero Jesús nos conoce al dedillo —así nuestros defectos como nuestras cualidades—, pese a lo cual nos ofrece Su amor incondicional. Él no anda permanentemente con un cuaderno en la mano anotando cada una de nuestras metidas de pata. Más bien se alegra cada vez que damos aunque sea un pequeño paso por seguirlo. A Sus ojos, el único fracasado es el que cae y se niega a levantarse para hacer un nuevo intento. Ni siquiera espera que nos levantemos por nuestros propios medios. Nos tiende la mano y nos alza; luego nos infunde fe y agallas para seguir adelante hasta tener éxito. Lo único que nos pide es que hagamos otra tentativa y que creamos que nos ama y que está a nuestro lado para ayudarnos. Por eso, si has caído en la autocensura, sigue los pasos que detallamos a continuación y verás que te conducen a la victoria:

1. Admite que no puedes alcanzar tus metas por tu cuenta y que solo Jesús puede ayudarte a hacerlo.
2. Niégate a creer al Diablo cuando venga a recriminarte y a hacer que te sientas culpable.
3. Recuerda que, a los ojos de Dios, el fracaso no consiste en caerse, sino en no levantarse para hacer un nuevo intento.
4. Agradece a Dios que aun sucesos que parecen derrotas puedan convertirse en victorias si aprendemos de ellos.
5. Cuando tropieces, niégate a darte por vencido. Apóyate en Jesús. Pídele que te ayude a ver las cosas desde Su perspectiva. Luego levántate e inténtalo una vez más. ■

EL AMOR ES...

El amor es creer y es confiar; es ayudar y animar; es sincerarse; es compartir; es sentir y brindar contacto físico, es orar por los demás, interesarse por ellos. El amor es generosidad, es comunicación, es una emoción. Es apasionado, vibrante y cálido. El amor va siempre de menos a más.

El amor constituye la mayor de las necesidades del hombre y es, por ende, el mayor servicio que puede rendírsele. El amor es espiritual, pero se manifiesta físicamente. Cobra vida cuando uno lo pone en acción y lo traduce en actos considerados. El amor es constante, no sabe de horas ni de días. Siempre halla soluciones y se da por entero. El amor, en su vertiente desinteresada, es infrecuente. No tiene precio, y constituye su propia recompensa.

El amor supone abnegación total. Prefiere la felicidad ajena a la propia. Es paciente y compasivo. Es capaz de superar cualquier obstáculo y sanar cualquier herida. El amor perdona sin vacilar. El amor es humilde.

El amor nunca se pierde; tarde o temprano, siempre surte efecto. El amor es para siempre.

Amor es el nombre de Dios. El amor es el poder de Dios. El amor es Dios. Dios es amor. La máxima expresión del amor de Dios es... Jesucristo (1 Juan 4:8,9).

Si deseas que tu vida se impregne de un amor como el descrito en estas líneas, no te pierdas el próximo número de *Conéctate*. ■

Uno no puede transformarse a sí mismo, pero Dios sí puede transformarnos mediante el poder milagroso de Su Espíritu. Él hace cosas que para nosotros son imposibles.

D.B.B.

CAMBIAR PARA MEJOR

Dios quiere solamente lo mejor para nosotros.

Salmo 84:11b

Jeremías 29:11

Mateo 7:9-11

Lucas 12:32

Dios puede ayudarnos a cambiar para mejor y lo hará si se lo permitimos.

2 Timoteo 1:12b

Filipenses 1:6

Filipenses 2:13

El hombre natural se resiste a los cambios.

Salmo 49:11

Marcos 7:9

Lucas 5:39

La clave para que se produzca en nosotros una transformación beneficiosa es aceptar la voluntad del Señor.

1 Samuel 3:18b

Salmo 40:8

Isaías 64:8

Jeremías 42:6a

Mateo 6:10b

Romanos 8:28

Durante el proceso de transformación debemos hacer dos cosas: no preocuparnos por el pasado y no perder de vista el objetivo.

Filipenses 3:13-14

2 Corintios 4:18

Colosenses 3:2

Hebreos 12:2a

Las ruedas del progreso

La vida se compone de ciclos. Hay épocas en que todo va bien y otras en que al parecer todo marcha mal. Quiero que aprendas a aferrarte a Mí en cada ciclo.

Cuando te veas cara a cara con un nuevo obstáculo o dificultad, no te desanimes, ni dudes de que juntos tú y Yo lograremos superarlo. Claro que lo lograremos; pero eso no quita que tendrás que pasar por la fase baja o negativa del ciclo. Los problemas te obligan a ejercitar tu fe, pues tienes que hacerles frente. Eso te lleva a la siguiente fase del ciclo. Acudes a Mí en busca de ayuda, combates, triunfas y haces progresos. Es como una rueda que va girando: la parte de arriba baja, y la de abajo sube. Así se genera el movimiento hacia adelante.

Cada vez que te enfrentas a una nueva prueba, debes volver a combatir. Aceptas el reto, me pides auxilio y una vez más vences y haces progresos. A mayores pruebas, mayores victorias. Ahora bien, si en algún momento no acudes a Mí para que te dé la solución, no aceptas la invitación a luchar o no peleas la batalla hasta vencer, el ciclo se interrumpe. Te quedas en la parte baja y dejas de avanzar. No vas a ningún lado.

Por tanto, no asocies los bajones de la vida con derrotas, sino con oportunidades de avanzar. Ya sé que es difícil pasar por esos ciclos, pero debes hacerlo para seguir avanzando. No cejes, pues. ¡Sigue adelante!

